



LECTURA ORANTE DOMINGO 24° DEL TIEMPO ORDINARIO (C)

Domingo 11 de septiembre de 2022
¡Gracias, Señor! porque nos amas y perdonas,
nos levantas y nos ponemos en camino.
Lucas 15, 1-32

1. Oración inicial

Dios, Padre nuestro, lleno de paciencia,
Te llenas de alegría al perdonar al pecador arrepentido.
Tu Hijo entregó su vida para traernos perdón y vida.
Haz que estemos siempre dispuestos
a perdonar de corazón a los que nos han ofendido.
Que seamos personas que sepan perdonar y también aceptar el perdón
con la humildad y bondad que tú nos has manifestado
en Jesucristo nuestro Señor. Amén.

2. Para compartir antes de iniciar la lectura orante. Nos reunimos en el lugar que hemos preparado para reunirnos como familia. Ponemos una Biblia abierta en Lucas 15, 1-32, flores, una cruz y una imagen de la Virgen. Reunidos, pongamos en común cómo estamos, qué esperamos de este día en que celebramos la presencia de Jesús entre nosotros y qué frutos aguardamos en nuestra vida.

3. Lectura

a) Una clave de lectura:

La experiencia del perdón cala hondo en nuestros corazones. Perdonar es un paso que no siempre es fácil dar, así también, pedir perdón. Cuando se trata de perdonar a alguien que nos ha ofendido mucho, experimentamos cuánto nos cuesta perdonar. Pensamos que, por ser los ofendidos, no nos corresponde dar el primer paso para la reconciliación y esperamos que la otra persona pida humildemente perdón. El

evangelio de hoy, a través de las parábolas de la misericordia, es una noticia que nos causa gran alegría y paz porque nos presenta un Dios feliz perdonando a los pecadores. Los acoge y los abraza. Es lo que ha hecho con nosotros cuantas veces sea necesario. Estamos llamados a hacer lo mismo nosotros unos con otros.

b) Texto: buscamos Lucas 15, 1-32 en nuestra Biblia. Un miembro de la familia proclama el texto.

4. Hagamos un momento de silencio orante para que la Palabra de Dios entre en nuestro corazón e ilumine nuestra vida. Volvamos a leer el texto y hagámonos parte de la escena. Entremos en ella como si fuéramos un personaje más del relato. Miremos la escena con los ojos de nuestra imaginación y gustemos de lo que vemos y oímos.

5. Pongamos en común lo que la lectura del texto nos sugiere. Podemos repetir la frase o la palabra que nos ha llamado la atención o nos resulta más significativa.

6. Breve comentario del texto

a) Una división para ayudar a la comprensión del texto

- a. Lucas 15,1-3: Introducción a las parábolas de la misericordia.
- b. Lucas 15,4-7: Primera parábola: buscar y encontrar la oveja perdida.
- c. Lucas 15,8-10: Segunda parábola: buscar y encontrar la moneda perdida.
- d. Lucas 15,11-32: La tercera parábola: un padre encuentra a su hijo perdido.

b) Comentario

a. Lucas 15,1-3: Introducción a las tres parábolas de la misericordia. La introducción a las tres parábolas del capítulo 15 sirve para cada una de ellas. Las dos primeras hablan de la búsqueda hasta encontrar lo que se ha perdido. Se

entiende que se trata de la búsqueda que Dios realiza como Padre con cada pecador. La tercera habla de la acogida del pecador que vuelve al Padre. Los oyentes de Jesús están divididos en dos grupos. Uno, compuesto por pecadores y publicanos; el otro, por fariseos y escribas, en medio de ellos está Jesús. Esta composición refleja de alguna manera lo que sucedía en las comunidades lucanas. Los paganos se acercaban a las comunidades cristianas, queriendo ser parte de ellas. Muchos cristianos de origen judíos murmuraban diciendo que acoger a un pagano era contra las enseñanzas de Jesús. Estas parábolas les ayudaban a discernir para que se preocuparan por buscar y encontrar al perdido y acoger al pecador arrepentido.

b. Lucas 15,4-7: Primera parábola: buscar y encontrar la oveja perdida. El trasfondo de la parábola está en Ez 34,11-16. La parábola justifica la actitud de Jesús con los marginados de Israel, explica el cumplimiento del texto del profeta, que ante la conducta egoísta de los malos pastores de Israel vislumbra en el futuro a Dios mismo como el pastor que cuidará de todas las ovejas, en especial de las descarriadas y perdidas. Jesús anuncia la salvación de Dios ofrecida a los pecadores, no porque éstos se hayan hecho dignos de ella mediante sus buenas obras, sino porque Dios se acerca a los excluidos y marginados. Los oyentes son interpelados. También nosotros estamos invitados a confrontarnos con la historia de la parábola. Jesús hace una pregunta y tal como está formulada, se entiende que Jesús espera una respuesta positiva. Para muchos sería una locura abandonar las noventa y nueve ovejas en el desierto por buscar la oveja perdida. El amor de Dios supera las normas de comportamiento normales. El contraste de esta parábola es la crítica de los escribas y fariseos contra Jesús (Lc15, 2). Ellos se consideraban perfectos y despreciaban a los otros, acusándolos de pecadores. Según Jesús, su Padre se alegra más con la conversión de un publicano o de un pecador, que con noventa y nueve fariseos y

escribas que se consideran justos. Se alegra más con la conversión de un ateo que pisa la iglesia, que con noventa y nueve católicos que se dicen practicantes y fieles y desprecian a ateos y pecadores. Esta imagen de Dios es desconcertante. Jesús la expone a los doctores, a los fariseos y a todos nosotros.

c. Lucas 15,8-10: Segunda parábola: buscar y encontrar la moneda perdida. Esta parábola es distinta. La breve historia de la moneda perdida alude al comportamiento normal de una mujer pobre, que no tiene mucho dinero. La moneda perdida equivalía a un día de trabajo. Diez dracmas es mucho dinero. Si se pierde una de estas monedas hay que hacer lo imposible por encontrarla. Y cuando se encuentra, la alegría es inmensa. Dios Padre devuelve al pecador convertido su imagen, deformada por el pecado (Col 3,10) y sea su hijo adoptivo (Gal 4,4). Jesús tiene presente el pecado del hombre y pide la conversión. En ello insiste en la conclusión de la parábola anterior (Lc 15,7). Sabe que el amor y la misericordia de Dios esperan al pecador arrepentido. Esta es la gran noticia del evangelio.

d. Lucas 15,11-32: La tercera parábola: un padre encuentra a su hijo perdido. Esta parábola es muy conocida y en ella encontramos cosas que suceden poco en la vida y otras que no suceden. La parábola describe la conducta de los dos hijos, acentuando el esfuerzo del padre por reencontrar a los dos hijos. El contexto en que se ubica dentro del evangelio indica la importancia para la interpretación de todo el mensaje de Lucas. Un dato importante. La ley judía preveía que el hijo más joven recibiría un tercio de la fortuna de su padre (Dt 21,15-17). Si la división de las propiedades del padre se hacía en vida, los hijos recibían la herencia después de su muerte (Eclo 33,20-24).

Recibir la herencia no es un mérito. Es un don gratuito. Los dones de Dios están distribuidos en toda la humanidad, judíos y paganos, cristianos y no cristianos. Todos tienen algo de la herencia del Padre, pero no todos la cuidan de la misma

forma. Vale la pena preguntarse ¿quién se comporta como el hermano mayor y quién como el menor? Es probable que los dos existan en nosotros. Por la necesidad de comer, el menor pierde su libertad y se vuelve esclavo, recibiendo un trato peor que los cerdos. La situación despierta en él el recuerdo de la casa del Padre y decide volver. Prepara las palabras que dirá a su Padre. Su actitud es de quien quiere cumplir la ley, como querían los fariseos y los escribas en tiempos de Jesús (Lc 15,1).

La parábola dice que en cuanto el Padre lo vio, corrió a su encuentro y lo cubrió de besos. La impresión es que el Padre esperaba todo el tiempo para ver si el hijo aparecía por el camino. Probablemente, nos parezca que la alegría del Padre sea exagerada. No deja pronunciar las palabras que había preparado porque no quiere que su hijo sea su esclavo. Quiere que sea su hijo. Y esta es la gran Noticia que nos trae Jesús. La alegría del encuentro deja entrever la gran tristeza del Padre por la pérdida del hijo. Ahora es una alegría compartida con todos en la fiesta que ordena preparar.

El hijo mayor vuelve del trabajo y ve que hay fiesta en casa. No entra. Quiere saber qué sucede. Cuando se entera del motivo, siente mucha rabia y no quiere entrar. Encerrado en sí mismo piensa tener más derecho. No entiende la alegría del Padre, porque no tenía mucha intimidad con el Padre, aun viviendo en la misma casa. Si la hubiese tenido, hubiera notado la tristeza del Padre y hubiera entendido su alegría por el regreso. Quien se relaciona con Dios desde el cumplimiento, corre el riesgo de olvidar a Dios mismo. El hijo menor, que ha estado lejos de la casa, parece conocer al Padre mejor que el mayor, que vive en su misma casa. El menor tiene el valor de volver a la casa del Padre, en cambio el mayor no quiere entrar en ella. No quiere ser hermano, no se da cuenta que si no entra el Padre perderá la alegría, porque también él es hijo como el menor.

El Padre sale de la casa y ruega al hijo mayor que entre. Como el hijo mayor se gloria en el cumplimiento, no es capaz de llamarlo hermano,

sino “ese hijo tuyo”. En su malicia interpreta la vida de su hermano menor. Muchas veces, los “buenos católicos” interpretamos mal la vida de los demás. El comportamiento del Padre es distinto. Él sale de casa para encontrarse con los dos hijos. Acoge al hijo joven y no quiere perder al mayor. Los dos forman parte de la familia. Uno no puede excluir al otro.

Así como el Padre no presta atención a los argumentos del hijo menor, tampoco tiene en cuenta los argumentos del mayor. La expresión del Padre incluye al hijo menor que ha vuelto. El mayor no tiene derecho a hacer diferencias. Si él quiere ser hijo del Padre, debe aceptarlo como es y no como le gustaría que el Padre fuese. De alguna manera, somos hermanos mayores.

7. Asumamos un compromiso para la semana. Pidamos la gracia de experimentar y agradecer el perdón que Dios nos ofrece y preguntémonos qué estamos dispuestos a hacer para que otros experimenten la bondad de Dios que perdona

9. Oración final

Dios, Padre nuestro,
acepta nuestra acción de gracias
por el amor y el perdón que nos ofreces en Jesús.
Tu amor es más grande que nuestros pecados.
En gratitud por tu perdón misericordioso,
Llenos de alegría aceptamos la misión de reconciliación que tú nos confías.
Qué nuestros hermanos experimenten la alegría del perdón
por medio de quien es nuestra vida y reconciliación,
Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

nuestras infidelidades y pecado, nos espera y atrae con amor y ternura. Aprendamos a dejarnos seducir por su amor y experimentar su misericordia y seamos compasivos y misericordiosos con los demás.

8. Oremos con el Salmo 50, 3-4. 12-13. 17. 19

R/. Iré a la casa de mi Padre.

¡Ten piedad de mí, Señor, por tu bondad,
por tu gran compasión, borra mis faltas!
¡Lávame totalmente de mi culpa
y purifícame de mi pecado!

Crea en mí, Dios mío, un corazón puro
y renueva la firmeza de mi espíritu.
No me arrojes lejos de tu presencia
ni retires de mí tu santo espíritu.

Abre mis labios, Señor
y mi boca proclamará tu alabanza.
Mi sacrificio es un espíritu contrito,
Tú no desprecias el corazón contrito y humillado.